

quitas porque hacen aquello que pueden y está en su mano; y si no surte el efecto que desean, no es por falta de la debida diligencia con que lo procuran. El poner ó no los medios con la eficacia conveniente, es lo que da la regla para discernir una de otra falta.

—•••••
DIA VEINTE Y SEIS.

Los desposorios de Señor San José, y San Conrado, obispo.

LOS DESPOSORIOS DE SR. S. JOSE.

Convenia, dice el P. San Bernardo, que alguna vez se ocultase del príncipe del mundo lo dispuesto por los divinos arcanos, no á la verdad porque Dios temiera que aquel pudiese impedir su obra si él la ejecutara descubiertamente, sino porque del mismo modo que al crear el universo quiso mostrarse poderoso y sabio, acomodándose á las circunstancias del tiempo y de las cosas para la hermosura del orden; así tambien en esta obra tan magnífica, esto es, la de nuestra reparacion, ocultando todo el misterio bajo la formalidad de unos desposorios, quiso manifestar su poder y su prudencia. En la presente solemnidad recordamos con regocijo estos desposorios; y cuando la Iglesia los pone á nuestra consideracion, quiere sin duda que veneremos en su importante objeto, esa medida de la Providencia Divina, tomada en favor de la mas pura entre las mugeres, con gracia muy particular del castísimo José, y para bien de todo el género humano.

Por una constante tradicion de la Iglesia, se sabe que la Santísima Virgen fué presentada al templo de una manera particular; y aunque no puede asegurarse de un modo que no deje lugar á la duda de la edad que tendria entonces, ni las formalidades que se observaron, sin embargo, es incontestable por la misma tradicion, que ella hizo voto de guardar su virginidad perpetuamente. Mas no obstante esta resolucion, dió su consentimiento para casarse con José, varon santo de la casa de David, que si contrajo con ella matrimonio, es cierto, como dice San Agustin, que su objeto al celebrar sus desposorios, fué vivir en perfecta continencia con su esposa, y ser únicamente el guardian de su pureza. Este matrimonio verdadero y sincero no carecia de misterio: ordenólo la Eterna Sabiduría, segun los santos padres; porque teniendo que encarnar en



Los Desposorios de Sr. S. José.



S. Conrado Obispo.



Santiago Martir.



S. Sostenes Martir.

el seno de una vírgen y nacer de ella para redimir al mundo, era conveniente ponerla con él á cubierto de la maledicencia y de la infamia, queriendo mas bien, por decirlo así, que se dudase del milagro de su nacimiento, que de la castidad de la madre; y además, ¿cómo librar su inocencia de los severos castigos que los hebreos imponian á las doncellas incontinentes? Isafas habia vaticinado que el Verbo encarnaria y naceria de una vírgen; ¿pero los que desconocieron al Verbo en el esplendor de su poder, hubieran conocido á la Vírgen que debia concebirlo en el silencio de su casa, y darlo á luz de la manera mas humilde?

Los desposorios fueron tambien verdadero matrimonio; porque á mas de haber habido mútuo consentimiento, que es lo que segun los jurisconsultos, se encuentran en él los bienes que deben esperarse de los que tengan fuerza de tales. La fé se guardó inviolablemente por ambas partes: la union fué indisoluble; el vínculo de los corazones formado y consagrado por la pureza de un amor todo espiritual, lo hizo mas estrecho y mas firme que el que forman los cuerpos en los demas consorcios. Hubo por último el bien de la fecundidad, y tanto mas eminente, cuanto es supremo el fruto que produjo. Señor San José es llamado padre de Jesus por el Evangelista San Lúcas y por su misma purísima Esposa, y sin duda alguna que la realidad de su matrimonio le da derecho á tan augustó título.

Son tambien dignas de nuestra memoria y regocijo las gracias singularísimas de que tan Santo Patriarca tomó posesion con la mano de María. “El Eterno Padre, que no comunica su paternidad con las personas divinas, la participó á San José, dice Natal Alejandro, concediéndole la especial prerogativa de ser padre de su Hijo Unigénito, no por generacion y naturaleza, sino por su casto matrimonio, en cuanto que siendo aquel concebido en el vientre virginal de su Esposa por obra del Espíritu Santo, nació de la misma, quedando siempre vírgen.” “Tan casta la esposa como el marido,” dice San Agustín; “y así como aquella fué madre sin ser violada su virginidad, así éste fué padre quedando casto; porque lo que obró el Espíritu Santo lo obró para ambos. Descansando en ellos el Espíritu de justicia, dió á los dos un hijo; pues aunque solo obró en el sexo conveniente, fué de tal suerte, que el fruto nació tambien para el esposo.” Nada diremos del grandé honor que resulta á José confiándole el Sér Supremo la educacion de su Ver-

bo, lo que se ha reconocido tambien como una de las causas finales de su enlace; y si advertimos que al casarse recibió en María el tesoro inagotable de todas las gracias; ¿no deberemos exclamar que no se ha hallado otro semejante á él?

El doctor Gerson, canciller de la universidad de Paris y célebre por la santidad de su vida y la solidez de su doctrina, movido de todas estas consideraciones trabajó mucho hácia el año 1416, por introducir en la Iglesia una fiesta particular en celebridad de tan castos desposorios; le compuso un oficio propio que aun tenemos entre sus obras; sus razones fueron aplaudidas, admirado su celo, pero no pudo conseguir nada. En el siguiente siglo se renovó el designio por Pedro Doré, tambien doctor de la facultad de Paris, el que parece haber sido oído favorablemente por Paulo III, quien nueve años ántes habia concedido la fiesta á todos los religiosos de San Francisco con el oficio de Navidad, haciendo el cambio respectivo de las voces. Benedicto XIII la amplió despues á todas las iglesias del estado pontificio, y en el dia 26 de Noviembre se adoptó en España, de donde se comunicó á nuestra América.

San Conrado, obispo.

San Conrado dió mas esplendor con sus virtudes á su familia de los Güelfos de Alemania, que una porcion de príncipes ilustres de la misma con sus empresas militares. Desde la infancia prometió nuestro Santo las mejores esperanzas de sazonados frutos: educado en la célebre escuela de Constanza bajo la direccion del obispo de esta ciudad, hizo progresos considerables no menos en las letras que en la virtud. Servia á Dios con un fervor extraordinario, como que penetrado de la vanidad de las cosas mundanas las habia renunciado todas. Su seriedad manifestaba la profunda impresion que el pensamiento de la eternidad tenia hecha en su alma; pero la afabilidad de su trato alejaba toda idea de melancolía y tristeza. La simplicidad cristiana se hacia admirar en todas sus acciones, á la vez que su humildad daba á su conducta cierto aire magestuoso que solo es propio de la virtud, y muy superior á aquel conque nos afectan las grandezas humanas.

Llamado á la dignidad del sacerdocio, entró á ella con las debidas disposiciones, y el exacto desempeño de su ministerio lo hizo acreedor al prebostazgo de la catedral de Constanza, que era la primera dignidad de aquella Iglesia. Al conferírsela el cabildo co-

menzaron á considerarlo como un hombre á quien la Providencia conducia visiblemente al obispado. Aun sin llegar á él comenzó á ejercer sus funciones, cuidando de visitar las parroquias, de instruir á los eclesiásticos y seculares, de proveer á las necesidades espirituales y temporales, y de asistir á los pobres y á los enfermos; de manera que habiendo vacado la silla episcopal en el año 934, fué nombrado para llenarla por los votos conformes del clero y del pueblo. El fué el único que se opuso á su eleccion, no conociendo cuán inferiores á su mérito eran los sentimientos que su mucha humildad le hacia concebir de sí mismo.

Obligado á recibir la imposicion de manos, fué consagrado en el año 934, é inmediatamente se vió obrar la gracia de su ordenacion en la conducta que observó con el pueblo que se habia confiado á sus cuidados. Pareció infatigable en la predicacion de la palabra de Dios, en la administracion de la justicia, en la reforma de las costumbres y en el restablecimiento de la buena disciplina. Corrigió diversos abusos que la ignorancia y la supersticion habian introducido en el pueblo; reparó y adornó las iglesias, construyó tres nuevas, y dotó un hospital para que en él se asistiesen á los pobres y á los extranjeros. Trabajando Conrado para el bien espiritual de su rebaño, nada omitió de lo que juzgó poder contribuir á su propia satisfaccion. Hizo por tres veces la penosa peregrinacion á Tierra Santa, practicando muy ásperas y severas penitencias.

El autor de su vida dice que Dios le concedió el don de milagros y el de profecía, refiriendo de ambos varios pasages. Finalmente, despues de haber gobernado su Iglesia por el espacio de cuarenta y dos años con toda la vigilancia, el celo y la caridad de un pastor, discípulo verdadero de Jesucristo, murió con la muerte de los justos el 26 de Noviembre del año 976.

La Epístola es del capítulo VIII del libro de la Sabiduría (Proverbios)

El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, ántes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado, desde ántes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existian los abismos, y yo estaba ya concebida: aun no habian brotado las fuentes de las aguas: no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aun habia collados, cuando yo habia ya nacido: aun no habia criado la

tierra, ni los rios ni los ejes del mundo. Cuando extendia él los cielos, estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito: cuando establecia allá en lo alto las regiones etéreas y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas: cuando circunscribia al mar en sus términos, é imponía ley á las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando asentaba los cimientos de la tierra: con él estaba yo disponiendo todas las cosas; y eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia, el holgarme en *la creacion* del universo; siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos: Oid mi doctrina, y sed sabios, y no queráis desecharla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observacion en los umbrales de ella. Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvacion.

El Evangelio es del capítulo IV de San Mateo.

Habiéndose desposado María, Madre de Jesus, con José, sin hacer uso del matrimonio, concibió por obra del Espíritu Santo. José, pues, su esposo, siendo como era justo y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente. Estando él en este pensamiento, hé aquí que un ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo. Así que, parirá un hijo á quien pondrás por nombre Jesus; pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

Sobre el santo temor de Dios.

Considera que el santo temor de Dios, al mismo tiempo que es el principio de la sabiduría, es el que resguarda y conserva los bienes de gracia, (adquiridos con esta sabiduría. No hay duda que este santo temor es el que obliga al hombre á buscar y solicitar la sabiduría, que en este caso no es otra que la ciencia de los Santos, esto es, aquel despreciar el hombre las cosas terrenas, negar sus apetitos desordenados, apartarse del mal, buscar e-

bien, y seguirlo apreciando y amando, no ya lo que alhaga á sus sentidos ó place á su concupiscencia, sino lo que es del agrado de Dios, y de su propia reforma y aprovechamiento. Esta es la sabiduría á que da principio el temor; porque el hombre temiendo su perdicion, busca en la penitencia y la reforma su salvacion eterna. Mas este mismo temor, mejorado ya y hecho mas noble, porque de servil se hace filial, sirve despues al hombre para custodiar su buen propósito y los bienes sobrenaturales que ha adquirido con sus buenas obras. Es verdad que ya no se mueve á obrar el bien por temor del castigo, sino por no desagradar á su buen Padre; pero siempre es temor, y temor santo el que lo contiene, y por consiguiente al que debe su bienaventuranza; pues dice el Espíritu Santo que es bienaventurado el hombre que siempre está temeroso, esto es, que temiendo desagradar á Dios escusa sus ofensas.

Considera que parece cosa estraña que tema y deba temer aquel que por su aprovechamiento en la virtud, y tal vez por un grado altísimo de perfeccion y santidad, pueda considerarse con una seguridad muy grande de no caer en desgracia de su Dios; empero no es así; y tanto que podemos decir sin temor de errar, que mientras mas se crece en la virtud, mas se debe crecer en el temor; lo uno, porque este temor es un temor filial que procede del conocimiento de la bondad de Dios, que es nuestro Padre; y creciendo con la virtud el conocimiento de Dios, debe crecer el temor; y lo otro, porque la tentacion mas peligrosa y mas capaz de causar una ruina total en la alma santa, es la de la soberbia, y á esta soberbia está muy espuesto el hombre de extraordinario mérito, de extraordinaria virtud y santidad. Para vencer á esa soberbia es menester humillarse de continuo, vivir de asiento en la humillacion mas profunda, y esta humillacion no se dará mientras no se dé en el hombre el temor de ofender á su buen Padre: temor que lo hace reconocerse capaz de caer en el pecado perdiendo la amistad de su Dios y los bienes todos de que lo ha enriquecido. Luego es preciso que este santo temor no abandone jamas á la alma virtuosa.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo reconozco, Padre mio, así lo confieso, y quisiera que todas mis obras fueran un testimonio del temor de que debe estar p. seido

mi corazón; empero desgraciadamente fíe demasiado en mis propias fuerzas y me contemplo seguro en los mayores peligros. ¡Y de qué proviene esto? ¡Ah! De que yo no os amo como debiera: no conozco á mi Dios seguramente, pues temo tan poco la ocasión y el peligro de perderle. ¡Oh mi Dios! Haced que yo os conozca, y conociéndoos os ame, y amándoos tema perder al que únicamente puede hacer mi felicidad eterna y temporal.

JACULATORIA.

Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso.

LECCION.

Concluye la materia de la anterior.

No hay, pues, cosa mejor ni mas útil que frecuentar dignamente la sagrada comunión; pero como dijimos ayer, no puede darse una regla general, y que comprenda á todos, señalando el tiempo en que puedan hacerlo, porque no todos se preparan igualmente: solo puede proponerse con universalidad aquella regla de San Agustín, que dice: Vive de tal manera, que cada día puedas comulgar, que es decir, que si el hombre estuviese preparado para recibir la Eucaristía cuotidianamente, debería comulgar todos los días, y que los fieles deben con grande estudio procurar esta disposición para recibir, si posible fuese diariamente, el cuerpo de Cristo; mas como la vida de muchos es poco correspondiente á la santidad de la profesión cristiana, no á todos se puede aconsejar generalmente la frecuencia en la comunión, sino solo á aquellos que se hacen dignos de tan gran beneficio por la santidad de su vida. Esta es la mente de la Iglesia santa, claramente expresada en las palabras que hemos insertado del concilio de Trento, por lo que solo debemos aconsejar á los demás que hagan verdadera penitencia de sus pecados, manifestándoles que entonces podrán llegar con mas frecuencia á la sagrada mesa del Altar, cuando hayan hecho dignos frutos de penitencia.

Para poder acercarse continuamente á este sagrado banquete espiritual, se requiere no solo una conciencia pura é inmaculada, donde no haya el menor resto de pecado mortal, sino tambien que se halle muy distante del afecto á las culpas veniales; y que á los fervientes deseos de recibir este espiritual alimento, reuna el mas fervoroso conato de buscar y poseer el sumo bien, Cristo nuestro Se-

ñor. Por afecto al pecado venial se entiende aquella afición ó disposición del ánimo, por la que alguno ni se arrepiente del pecado venial cometido, ni se detiene en cometerlo de nuevo, ni quiere enmendarse de él. Con semejantes disposiciones en el alma, en vez de aquel fervor que es necesario, solo se encuentra tanta tibieza y flojedad, que impiden los preciosos efectos de la sagrada comunión; y puede temerse con justicia que su frecuente uso en vez de aumentar la gracia la vaya disminuyendo poco á poco. Los que pasan la vida en las delicias, en los juegos y en la ociosidad, que hacen su ocupación de los pasatiempos y las frivolidades; en una palabra, los amadores del mundo y de sus pompas, que siguen sus opiniones y máximas erradas, pasan una vida inútil y distraída, y muy distante de los preceptos del Evangelio y de los compromisos que celebraron en el bautismo, contraidos á renunciar á Satanás, á los deleites de la carne y á las vanidades mundanas, ¿cómo podrán llegarse á la mesa del Señor, hasta tanto que entablando una nueva vida, hagan frutos dignos de verdadera penitencia por las culpas pasadas?

Mas aquellas personas que limpias de toda mancha de pecado mortal, se arrepienten de las culpas veniales; y que aunque reincidan en ellas muchas veces por la humana fragilidad, tienen un propósito firme y un ánimo resuelto de evitarlas, pueden acercarse á la comunión con frecuencia, porque para ellas el Santísimo Sacramento es el remedio mas eficaz contra las culpas, y el escudo mas fuerte contra las invasiones del enemigo del género humano, segun afirma San Juan Crisóstomo. Sin embargo, les será conveniente abstenerse de comulgar una ú otra vez por mayor humildad y reverencia; pero esto ha de ser con tal de que no se retraigan demasiado tiempo, y que á esta abstinencia espiritual acompañen siempre la mas saludable penitencia, con la que purificados mas y mas, puedan despues volver mejor dispuestos y con la santidad necesaria, á gozar del soberano convite, no sea que bajo el especioso pretesto de humildad y reverencia, se hagan negligentes, y se enfrien los ardorosos afectos del corazón por haberse olvidado de comer su pan, como dice el Salmista Rey.

Por falta de observar los requisitos que son necesarios para la frecuente comunión, sucede muchas veces que unos se acercan á ella sin preparación; otros caen en la vana estimación de sí mismos, creyéndose mejores que los que no comulgan tantas veces;

otros vuelven atrás en el camino, imaginándose que han llegado á la cumbre de la perfeccion; y algunos, finalmente, observando cierta conducta que no corresponde á la frecuencia de sus comuniones, dan ocasion al comun de las gentes para despreciar y hablar mal de la devocion y de la frecuencia de los sacramentos.

“Habiendo instituido Jesucristo, vida nuestra,” dice San Francisco de Sales, “el Augusto sacramento del Altar, donde realmente está su cuerpo y sangre, para que quien le come viva eternamente, el que lo recibe á menudo y con devocion asegura de tal modo la salud y vida de su alma, que es casi imposible que sea envenenado con ninguna especie de aflicciones malas; porque ¿cómo puede ser que quien se alimenta con esta carne de vida, viva con afectos de muerte? Si los hombres cuando estaban en el paraíso terrenal podían no morir corporalmente por la virtud del fruto de aquel árbol de la vida que Dios habia puesto en él, por la virtud de este sacramento pueden no morir espiritualmente.... No tendrán que replicar los cristianos que se condenen, cuando el justo Juez les haga ver su necesidad de morir espiritualmente, pudiendo con gran facilidad mantenerse vivos y sanos, comiendo su santísimo cuerpo que para este fin les habia dejado. ¡Miserables! les dirá, ¿por qué habéis muerto teniendo á vuestra disposición el fruto y manjar de vida?”

“Recibir todos los días la comunión eucarística, ni lo alabo ni lo vitupero; mas comulgar todos los domingos lo persuado, y encomiendo á todos con tal que tengan su alma sin afecto alguno al pecado.... dejando á la discrecion del padre espiritual de la persona que piensa resolverse á ello, la mayor ó menor frecuencia; porque siendo muy esquisita la preparacion que se requiere para comulgar con tanta continuacion, no conviene aconsejarla en general á todos; y por lo mismo debe este punto resolverse con atencion al estado interior de cada uno en particular. Imprudencia seria aconsejar indistintamente á todos un uso tan frecuente; pero seria tambien imprudencia reprender por él á cualquiera, sobre todo cuando siguiese el dictámen de algun prudente director.”

“Pueden ocurrir muchos estorbos legítimos, que sin depender de tí, sino de aquellos con quienes vives, sean justa causa de que el prudente director te mande no comulgar tan á menudo, y será bien condescender y no comulgar mas que cada quince días, bien entendido en que esto ha de ser en caso de que no se pueda absoluta-

mente vencer la dificultad. Este es un punto que no se puede decidir bien en general, y es necesario hacer lo que diga el padre espiritual; pero lo que puedo asegurar es, que quien desea servir á Dios devotamente, lo mas de tarde en tarde que puede comulgar, es, de mes á mes.”

“Si te portas con prudencia, ni padre, ni madre, ni marido, ni muger podrán estorbarte que comulgues á menudo; porque supuesto que el día de la comunión no has de faltar á los cuidados propios de tu estado, y que has de tratar á todos con mas dulzura y afabilidad, y que no les has de negar nada de lo que les debes, no es creible que quieran apartarte de este ejercicio que nada les incomoda, sino es que tengan un genio sumamente delicado y extravagante, en cuyo caso querrá, como he dicho, tal vez el director, que uses de condescendencia.”

“Para comulgar cada ocho días es necesario no tener pecado mortal ni afecto alguno al venial, y desear mucho la comunión; pero para comulgar todos los días se necesita ademas haber ya vencido la mayor parte de las malas inclinaciones, y que sea por dictámen del confesor.”

“Si acaso te preguntan los mundanos, por qué comulgas tan á menudo, diles que para aprender á amar á Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias, para tener consuelo en tus aflicciones, y apoyo en tus flaquezas. Diles que dos especies de gentes deben comulgar á menudo; los perfectos, porque como están bien dispuestos quedarán muy perjudicados en no llegar al manantial y fuente de la perfeccion; y los imperfectos, para tener justo derecho de aspirar á ella: los fuertes para no debilitarse, y los débiles para fortalecerse: los enfermos para alcanzar la salud, y los sanos para no enfermar; y así tú como imperfecta, débil y enferma, necesitas comulgar á menudo para buscar perfeccion, fuerzas y médico divino. Diles que los que se hallan sin muchos negocios mundanos, deben comulgar con frecuencia, porque tienen comodidad para ello, y los que están entre muchos negocios del mundo tambien deben comulgar frecuentemente, porque tienen necesidad; pues quien trabaja mucho y está fatigado, necesita comer manjares sustanciosos y á menudo. Diles finalmente, que recibes este sacramento, para aprender á recibirle bien; porque nadie hace bien una accion en que no se ejercita con frecuencia. Comulga frecuentemente Filotea, y cuanto mas frecuentemente puedas, ou el dictámen de tu padre espiritual.”

San Bernardo queria que sus religiosas atribuyesen al uso frecuente de este sacramento todas las victorias que alcanzaban contra los vicios, y todos los progresos que hacian en las virtudes, diciendo que él es donde se bebe con gusto en las fuentes del Salvador. Agregaba que los que andan buscando excusas para no comulgar con frecuencia, se parecen á los convidados de la parábola del Evangelio contra quienes no dejó de irritarse el padre de familias, no obstante que parecian razonables los motivos de sus excusas.

No obstante lo dicho, debe tenerse presente que supuesto siempre el dictámen del confesor, no deberian frecuentar muy á menudo la sagrada mesa aquellos que no comulgaban ántes sino raras veces, á no ser que tengan tan exceléntes disposiciones que se encuentren sólidamente establecidos en la virtud; porque mas vale caminar por grados y á medida del provecho y adelantamientos que se hagan en el camino de la perfeccion, que no sacar ningunos por la precipitacion con que se quiera marchar.

DIA VEINTE Y SIETE.

Santiago, mártir.

Santiago, á quien por la calidad de su martirio ha sido llamado el *Interciso*, nació en Beth-Lapeta, ciudad real de la Persia, de una familia distinguida. Educóse en la religion cristiana, y fué muy favorecido por sus apreciables prendas, del príncipe Isdegerdes. Esto fué lo que causó su ruina espiritual, pues habiendo ese soberano declarado la guerra al cristianismo, Santiago no tuvo el valor y constancia necesaria para preferir la fé que habia recibido en el bautismo á la amistad de Isdegerdes; prefirió ésta y abandonó á Jesucristo. Escandalizada de esta apostasia su piadosa madre y su esposa, se apartaron de su trato y compañía, aunque no cesaban de rogar á Dios le iluminara el entendimiento y lo sacara de aquel error á que lo habia conducido su vanidad. Sus oraciones llegaron al cielo: así es que por medio de una carta que le dirigieron ambas despues de la muerte de Isdegerdes, abrió Santiago los ojos, y conociendo todo el horror del delito que habia cometido, movido de verdadero arrepentimiento huyó de la corte, abandonó los honores y dignidades, que habian sido el precio de su vil co-

bardía, y se entregó á una vida penitente, despues de haber abjurado públicamente sus excesos.

Noticioso el rey Veranes, hijo y sucesor de Isdegerdes, de la conversion de Santiago, lo hizo comparecer ante sí, lisongeándose de que lo volveria á la religion pagana. Reconvinóle lo que él llamaba ingratitude y falta de correspondencia al amor de su difunto padre. Ofrecióle su amistad y devolverlo á los honores que habia renunciado, y aun elevarlo mas, si le daba el gusto de arrepentirse de lo hecho. Resistió valerosamente nuestro Santo á sus ofertas, por lo cual variando el rey de language, é irritado de ver que despreciaba sus amenazas, lo mismo que sus promesas, mandó quitarle la vida del modo mas horroroso que refieren las historias.

En efecto, consultando el tirano su bárbara crueldad, dispuso le cortasen todo su cuerpo á pedazos, hasta que espirase. Llegó Santiago al lugar del suplicio, y despues de haber pedido á Dios lo auxiliase en aquel terrible trance, extendió sus miembros á los verdugos, y comenzando á cortarle éstos los dedos, prosiguieron destrozando miembro por miembro de su cuerpo, cantando entretanto el Santo cánticos al Señor en accion de gracias, hasta que hallándose ya solo el tronco sin brazos ni piernas, un soldado movido á compasion le cortó la cabeza, con lo que consumó su glorioso triunfo en el 27 de Noviembre del año 421. Su cuerpo en veinte y ocho pedazos, fué recogido por los cristianos, y puesto en una caja se le dió sepultura.

La Epístola es del capítulo X del Libro de la Sabiduría (pág. 405).

El Señor condujo por caminos seguros &c.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo (pág. 405).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No teneis que pensar que yo haya venido &c.

MEDITACION.

Sobre la confianza en Dios.

Considera que seria suerte muy abatida la del hombre virtuoso si solo tuviera por sosten de su buen propósito el temor, ó si este temor estuviese aislado y no se templase con el consuelo que difunde en las almas la confianza que debemos tener en nuestro Dios;